

Entrada de las tropas alemanas en Checoslovaquia (1939)

**De mal en peor.
Las relaciones internacionales
en el periodo de entreguerras**

Javier Alquézar Penón

FRIDAY, SEPTEMBER 30, 1938

Daily Mirror

No. 10868

Registered at the G.O. as a newspaper.

ONE PENNY



IT IS PEACE

HITLER ACCEPTS NEW PLAN AND WITHDRAWS ULTIMATUM

IT IS PEACE. AT MUNICH THIS MORNING HERR HITLER ACCEPTED A SETTLEMENT OF THE CZECH CRISIS SUBSTANTIALLY ON THE BASIS OF THE ORIGINAL PLAN SUBMITTED TO HIM BY MR. CHAMBERLAIN.

The German ultimatum demanding the handing over of the Sudeten lands on October 1 has been modified as has Hitler's famous memorandum of Godesberg.

The Prime Minister, backed by the strength of Britain, persisted in his demands until the Fuehrer gave way. At 1.15 a.m. the signing of an agreement was announced by Mr. Chamberlain.

Mr. Chamberlain announced he was returning to London to-day. The agreement, it is learned, is based on four main points:

1. A "taken occupation" of the fringe of the Sudeten areas by German troops on October 1.
2. The rest of the Sudeten areas which were to be ceded under the original Anglo-French plan, to be handed over by October 10.
3. An international commission, comprised of British, French, Italian and Czech delegates, will settle questions in areas where the population is not overwhelmingly German.
4. The settlement of those districts is fixed for November 25.
5. The British Legion to police the Sudeten areas before the Germans advance. The Legion will until the whole of the territory changes hands, always occupy an area between the advancing Germans and the withdrawing Czechs.
6. M. Daladier and Mr. Chamberlain explained at length the Czech objection to the Godesberg memorandum, and the plan finally agreed was drawn up.



THE UNION JACK WAVYING OVER HERR HITLER AS HE LEFT THE CONFERENCE

Legion Will Be "Police"

Plans have been made for 10,000 members of the British Legion to "police" Sudetenland during the marking of the new German-Great Britain agreement.

The men will be divided into groups of the Legion in all parts of the country.

They will wear no uniforms. Blue and red sashes of authority will be the Legion badge in their hands.

The offer is acceptable to Hitler and was made to him last Monday by Magpie General Sir Robert Haining, chief of the British Legion.

A Legion official told the Daily Mirror last night: "The great force will not go as a military unit. They will wear civilian clothes and will not be armed."

All the 10,000 members of the Legion have been organized into suitable units, but, said officials, have never been fully mobilized.

Special care will be used in choosing the men. Tall and slender will be essential requirements. Hitler, chief of the Legion, after

Difícilmente puede entenderse que la humanidad, que acababa de experimentar el mayor cataclismo de su historia, se pudiera encaminar poco después a otro todavía mayor. Más aún cuando al término de la I Guerra Mundial se instituyó un proyecto encomiablemente bienintencionado para forjar una solidaridad internacional basada en unas reglas comunes destinadas a acabar definitivamente con todas las guerras. Sin embargo, ya en los tratados posbélicos se pudo ver que la tarea no iba a ser fácil y, a la postre, no solucionaron muchos de los viejos problemas y, lo que es peor, gestaron otros nuevos. Mal empezaron las cosas, pero aún habían de ir peor cuando la crisis económica hizo añicos esa solidaridad y nuevas ideologías hipernacionalistas, en buena medida alimentadas por esa crisis, empezaron sistemáticamente a echar abajo la legalidad internacional nacida de los acuerdos posbélicos, una vez que se instalaron en el poder. La II Guerra Mundial culminó este fatal proceso. Conviene, pues, pararse a reflexionar sobre sus etapas y los hechos que lo jalaron, los esfuerzos para la distensión y la concordia y los elementos perturbadores de esa paz y de ese equilibrio internacional que se pretendían preservar.

El fin de la I Guerra Mundial lo situamos el 11 de noviembre de 1918, día en que se firmó el armisticio en Compiègne.

Sin embargo, la toma de conciencia de que aquello iba a acabar tras cuatro años de contienda y la preocupación por lo que podía pasar después hay que retrotraerlas a mayo de 1918, cuando la Rusia soviética se retiró unilateralmente del conflicto armado aceptando un tratado, el de Brest-Litovsk, que le suponía la pérdida de una considerable porción de sus territorios occidentales.

El final de la guerra llegó cuando los aliados aún preveían un año más de guerra, pero el desmoronamiento del Imperio austrohúngaro y de Italia a finales de octubre de 1918 y el retroceso militar alemán aconsejaron al Gobierno alemán pedir el armisticio en pleno proceso revolucionario, cuando ya el kaiser había abdicado y se había proclamado la República (9 de noviembre). El armisticio fue el resultado de una negociación a tres bandas entre las nuevas autoridades alemanas, el Consejo Supremo de la Guerra y el presidente norteamericano Woodrow Wilson, figura en la que los negociadores alemanes confiaban para conseguir aceptables condiciones de paz.

Es en ese momento crítico para Alemania, pero también para el conjunto de Europa, cuando se empieza a tener plena conciencia del desastre. La consecuencia global se puede conceptuar como crisis general de Europa: una crisis demográfica, con cifras en torno a los 12 millones de

muertos; una crisis material, con la devastación o el deterioro de amplias zonas en donde se emplazaron los frentes de guerra; una falta de materias primas por la destrucción de campos de cultivo, la falta de mano de obra y por el desorden de las comunicaciones terrestres y la reducción de la marina mercante; una crisis financiera, con una extraordinaria deuda pública, una fuerte inflación y una disminución de las reservas de oro. Una crisis general en Europa, que contrastaba con una prosperidad fuera de ella, prosperidad en buena medida facilitada por la contienda y la necesidad de proveer a las naciones beligerantes.

El desastre no se sustentaba solo en los aspectos económicos y materiales, sino que se extendía a otros aspectos que, sin duda, tenían una proyección al menos igual de relevante como era la crisis moral, la desconfianza en el liberalismo - el sistema político que no había sido capaz de ver venir o gestionar adecuadamente el desastre- y la exasperación de los nacionalismos. Nacionalismos que habían sido el combustible con que se incendió el conflicto bélico, pero que lejos de apagarse con su final, seguirían alimentando la disconformidad, el revanchismo y las reivindicaciones territoriales posbélicas. Si algo quedaba claro en esta conciencia del desastre es que el viejo orden ya no servía y que había que levantar Europa y cimentar la paz mundial con una nueva concepción de las relaciones internacionales.

UN NUEVO ORDEN

El nuevo orden internacional, así como el nuevo mapa de Europa, había de salir

de las resoluciones adoptadas en la Conferencia de Paz de París y los distintos tratados que emanaron de ella. Los cambios producidos fueron de tal magnitud que tan solo se pueden citar dos precedentes de similar trascendencia, si bien de aplicación geográfica más reducida: en primer lugar, la Paz de Westfalia (1648), al término de la Guerra de los Treinta Años, y, en segundo lugar, el Tratado de Viena (1815), que puso fin a las guerras napoleónicas y recompuso políticamente Europa. La diplomacia nacida en Viena mantuvo a los europeos fuera de guerras generalizadas y sin grandes cambios territoriales, aunque no de los conflictos surgidos de los movimientos nacionalistas que dieron lugar a nuevos estados (Alemania, Italia) y a enfrentamientos bélicos localizados. Pero este orden se quebraría con la Gran Guerra sin posible marcha atrás. De hecho, y parece de interés señalarlo, ya hubo posturas claras manifiestas en pro de un nuevo orden durante la propia guerra como la declaración pública del Partido Laboralista británico en 1917 que abogaba por el derecho de autodeterminación para los pueblos de los imperios austrohúngaro y turco, así como la necesidad de una Sociedad de Naciones. Postulados, contenidos también en el texto de los 14 puntos del presidente Wilson (enero 1918) que habría de servir como documento base para orientar las negociaciones de paz de 1919. También eran puntos comunes con el Decreto sobre la Paz de Lenin (1917), dirigido a los pueblos y Gobiernos del mundo, y en el que además se condenaba la diplomacia secreta, que había conducido al desencadenamiento de la guerra, algo contemplado también en el ideario wilsoniano. Sin em-

bargo, estas coincidencias no podían ocultar las visiones antagónicas que las separaban y el leninismo no podía estar de acuerdo con la libertad de los mares, la expansión gradual de la democracia occidental ni la cautelosa descolonización que propugnaba Wilson. En todo caso había un objetivo común: un sistema de relaciones internacionales capaz de eliminar las causas de la guerra y asegurar así la paz. Entre esas causas estaba la colonización a la que había que poner fin, si bien su significado y las formas de hacerlo diferían radicalmente entre sí. Los movimientos emancipatorios a partir de 1919 respondieron en su mayor parte a la influencia wilsoniana o a la comunista. En todo caso, el imperialismo colonial venía hacía tiempo ya siendo puesto en cuestión desde el propio mundo colonial y los propios combatientes procedentes de las colonias (argelinos, senegaleses, indios vietnamitas...) llevaron de vuelta a casa ideas de igualdad y emancipación aprendidas en las trincheras de sus compañeros europeos ligados al movimiento obrero y las ideas socialistas. Por otra parte, los británicos habían alentado el nacionalismo árabe para enfrentarlo con el enemigo turco y los aliados, en conjunto, habían tenido que hacer concesiones (fin de los “acuerdos desiguales”) a China para que entrara en la guerra de su lado. En general, en todo el abanico colonial se venían registrando ya luchas y movimientos de resistencia (India, Afganistán, Sudáfrica, Libia), cuando no movimientos de liberación declaradamente nacionalistas (Marrocos, Indias holandesas, China). El movimiento nacionalista era ya latente fuera de Europa y la aparición de nuevos estados nacionales en la propia Europa

estaba al caer con el desmembramiento de los imperios austrohúngaro, otomano y ruso.

A todo ello tenía que enfrentarse la Conferencia de Paz de París (12 de enero de 1918-28 de junio de 1919), en la que participaron exclusivamente los vencedores y en la que la voz cantante la llevaron los “Big Four”, Clemenceau, Wilson, Lloyd George y Orlando, especialmente los tres primeros. Cada uno de ellos tenía un planteamiento inicial con el que manejar las negociaciones: Clemenceau, el primer ministro francés, pretendía ante todo conseguir una línea de seguridad para Francia y el debilitamiento de Alemania (“Alemania pagará”); Lloyd George, el *premier* británico, tenía especial interés por el futuro del Imperio otomano y la presencia británica en el Oriente Próximo; el primer ministro italiano, Vittorio Emanuele Orlando, por recuperar la “Italia irredenta” y asegurar el dominio italiano sobre el Adriático; mientras Wilson, el presidente estadounidense, el primero en viajar a Europa, no tenía aspiraciones territoriales ni pretendió en ningún momento conseguir ventajas políticas, pero sí tenía un fuerte empeño en implementar el principio de las nacionalidades y en la fundación de una Sociedad de Naciones. El objetivo de EE. UU. era destruir el militarismo alemán y dar garantías de seguridad a Francia y Reino Unido. Pero las ambiciones de Wilson iban en el sentido de un nuevo orden internacional y eso exigía que los EE. UU. abandonaran su tradicional aislamiento y lideraran el nuevo proyecto.

La Conferencia de París estipuló una serie de tratados con las potencias derrotadas en los que se fijarían los cambios territoriales y las indemnizaciones de gue-

ra que habrían de pagar:

Tratado de Saint Germain (1919), con Austria, con el que este país-desmembrado del imperio de los Habsburgo- quedaba reducido a sus dimensiones actuales y se le impedía decidir unilateralmente una futura unión con Alemania (“Ausschluss”).

Tratado de Trianon (1918), con Hungría, que ya se había separado de Austria y que perdió una buena parte de Transilvania, en favor de Rumanía, y otros territorios que pasaron a sus otros vecinos.

Tratado de Neuilly (1919), con Bulgaria, que entre otros territorios perdía Tracia occidental, cedida a Grecia, con lo que se quedaba sin su salida hacia el mar Egeo.

Tratado de Sèvres (1919), con Turquía, que perdía territorios para formar un es-

tado autónomo en Kurdistán y la Gran Armenia, así como la Tracia oriental, que pasaba a Grecia, con lo que dejaba de tener presencia en Europa. Sin embargo, la nueva república turca, fundada por el nacionalista Kemal Atatürk tras la guerra de independencia turca que puso fin al imperio turco (Sultanato), no reconoció el tratado y exigió un nuevo tratado. En Lausana (1923), tras ocho meses de negociación entre Turquía y Grecia, se acordó un intercambio de población nacional entre ambos países y la fijación de unas fronteras que venían a delimitar la moderna Turquía (con la Tracia oriental nuevamente incorporada).

Tratado de Versalles (1919), con Alemania, sin duda el de mayor trascendencia



Salón de los Espejos del palacio de Versalles (1919)

por las consecuencias que acarrearón las duras condiciones que se le impusieron. Las amputaciones territoriales (el 15 % de su extensión en 1914) significaron la devolución de los territorios de Alsacia y Lorena arrebatados a Francia en la guerra franco-prusiana de 1870 y la pérdida, entre otros, de territorios de la Prusia oriental y del pasillo de Danzig, que fue declarada Ciudad libre, con lo que la Prusia oriental quedó separada del resto de Alemania por un sector polaco. También perdió Alemania por este tratado sus posesiones coloniales en África (que pasaron a Reino Unido, Francia y Sudáfrica) y del Pacífico (a Japón, Australia y Nueva Zelanda). Y más difíciles de tragar para el orgullo alemán resultaron las medidas para neutralizar su poder militar, reduciendo drásticamente los efectivos de su ejército (a 100 000 soldados), la aviación y la marina, a la vez que se suprimía el servicio militar obligatorio. Al ser declarada Alemania como responsable de la guerra, algo que nunca aceptaron los alemanes, le fueron impuestas unas indemnizaciones de guerra onerosísimas, que habrían de condicionar gravemente tanto la política interna alemana (República de Weimar) como las relaciones internacionales del periodo que se abría. La firma del tratado, para mayor inri, se hizo el 28 de junio de 1919 en el Palacio de los Espejos de Versalles, el mismo escenario en el que se proclamó en enero de 1871 el II Reich que culminaba el proceso de unificación alemana, tras la victoria alemana en la guerra con Francia de 1870.

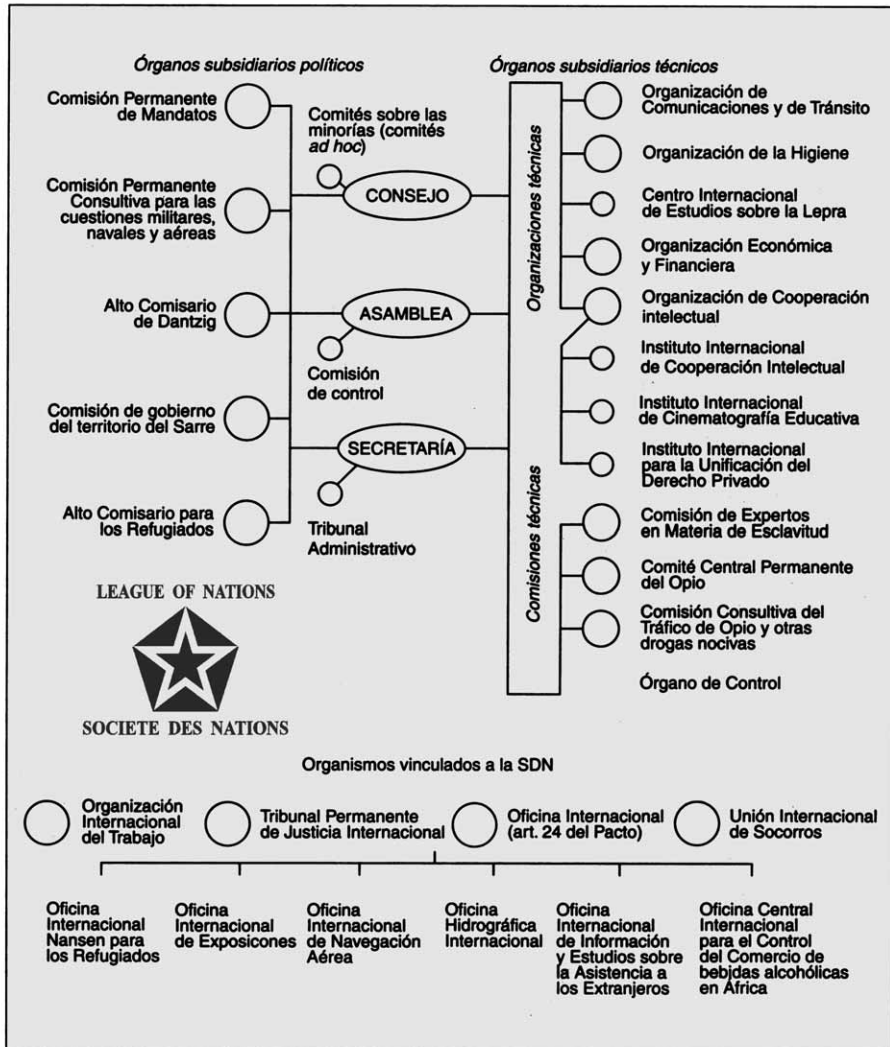
El Tratado de Versalles creaba así mismo la Sociedad de Naciones (SDN) como un organismo internacional erigido para fomentar la cooperación entre las naciones

y para garantizar la paz y la seguridad, objetivos para los que resultaba imprescindible no recurrir a la guerra, observar rigurosamente el derecho internacional y respetar todas las obligaciones de los tratados en las relaciones mutuas. Era la organización (precedente de la actual ONU) destinada a dirigir el nuevo orden internacional. La Sociedad de Naciones, pues, nació con la firma del Pacto de Versalles el 28 de junio de 1919, aunque su primera reunión fue el 15 de noviembre de 1920 en Ginebra, ciudad en la que se fijaría su residencia. La II Guerra Mundial constataría su fracaso y marcó su disolución que, oficialmente, se produjo en 1946.

Los países integrantes originarios fueron 32 y los que se reunieron en la primera sesión, 42 (13 de ellos neutrales en la guerra). Fueron excluidos inicialmente Alemania y Turquía (que ingresarían en 1934). De la SDN se retirarían por razones que se expondrán luego, Japón y Alemania (en 1933) e Italia (en 1936), mientras que la URSS sería expulsada en 1939. Su estructura, semejante a la de nuestra ONU, contemplaba una Asamblea General, un Consejo de cinco miembros permanentes (uno reservado inútilmente a EE. UU.) y cuatro no permanentes (luego ampliado a seis), un Secretariado (hubo tres secretarios generales) y una serie de organismos internacionales afiliados (Organización Internacional del Trabajo, Corte Permanente de Justicia Internacional, Organización Mundial de la Salud...).

El primer y quizás, a la postre, mayor jarro de agua fría que recibió la SDN fue la renuncia de EE. UU. a su ingreso, a pesar del puesto fijo que se le reservaba en el Consejo y de que su presidente había sido el principal impulsor del proyecto.

ORGANIGRAMA DE LA SOCIEDAD DE NACIONES



Fuente: P. Gerbert, V.Y. Ghebali y M. R., *Société des Nations et Organisation des Nations Unies*, Paris, -Éditions Richelieu, 1973, p. 386.

Lo que sucedió es que las posturas aislacionistas en EE. UU. seguían siendo muy fuertes y el Congreso, de mayoría republicana, votó en contra de la incorporación a la organización internacional, como también impidió la firma del Tratado de Versalles por parte de EE. UU. Wilson quedó derrotado, pero el significado profundo de este hecho fue que Estados Unidos, la potencia destinada al hegemonismo global, renunciaba a dirigir el mundo. El nuevo orden internacional debía empezar a caminar sin lo que tenía que haber sido su garantía y fuerza fundamentales.

En sus primeros años la SDN se dedicó al control y administración de los territorios y colonias encomendadas por los tratados, al programa de cooperación humanitaria internacional y a la creación de organismos internacionales cooperativos, labores imprescindibles para la posguerra y la edificación del nuevo orden. El periodo que le siguió, el de 1924 a 1929, fue sin duda el de su esplendor en un momento de concordia y grandes esperanzas. Sin embargo, la crisis económica dio al traste con las esperanzas al romperse la solidaridad internacional y dar comienzo en los años treinta a una serie de crisis y de conflictos internacionales que acabarían desembocando en la II Guerra Mundial. En el transcurso de este periodo de 1929 a 1946 se fue apagando inexorablemente la luz de la Sociedad de Naciones y del nuevo orden nacido en 1919.

Las circunstancias históricas sucedidas a lo largo del periodo de entreguerras, que iremos viendo en estas páginas, ayudan a entender este fracaso, pero no hay que dejar de tener en cuenta que las dificultades para la paz eran ya inmensas en el mismo momento del arranque del proceso. Como

dijo Clemenceau entonces: “Hacer la paz es más difícil que hacer la guerra”. Veamos esas dificultades.

Desde el punto de vista material, la economía se movía entre una crisis demográfica, la pérdida de importantes infraestructuras y la necesidad de reconversión desde una economía de guerra a otra de paz. Desde el punto de vista moral, como ya se ha dicho antes, los europeos habían perdido su fe en los principios de antes de 1914 y desconfiaban abiertamente de las instituciones y las políticas liberales. Por otro lado, el rechazo a los tratados estaba bastante extendido, en especial en Alemania, cuya población no aceptaba la derrota militar ni la responsabilidad de la guerra y consideraba Versalles como una imposición (*diktat*). Pero también en Italia, donde se generó curiosamente un “nacionalismo de los vencidos”, a pesar de contarse entre los aliados vencedores al no quedar satisfechas plenamente sus reivindicaciones irredentistas, pudiendo hablar así de una “victoria mutilada”.

El fin de la guerra y los primeros años de la paz se vieron envueltos en diversos procesos revolucionarios comunistas, como el de los espartaquistas alemanes, el efímero Gobierno de Bela Kun en Hungría o el intento de Baviera. A la vez, y en buena medida como respuesta a las acciones izquierdistas, se organizaron bandas de paramilitares, compuestas en su gran mayoría por excombatientes desclasados e inadaptados a la nueva situación lejos de la disciplina militar, de la obediencia ciega y de la camaradería de las trincheras. Estas fuerzas paramilitares (llámense “secciones de asalto”, *squadristi* o como quisieran denominarse) marcaron con su violencia el normal desarrollo de

la política a los gobiernos de posguerra. Más pronto que tarde acabarían integrándose en los movimientos políticos fascistas.

El hipernacionalismo que insuflaría la ideología fascista estaba ya plenamente desarrollado en el propio transcurso de los tratados y más aún, si cabe, a raíz de sus resultados con reclamaciones territoriales no resueltas y minorías insatisfechas.

Los tratados de paz dejaron muchas lagunas y no pocos puntos calientes como Polonia (Danzig, Alta Silesia, Vilna, Rusia blanca), en Europa central (Transilvania, Silesia...), en el Adriático (Fiume) y en los Balcanes (Besarabia).

Otra cuestión candente que había que resolver es el qué hacer con las colonias alemanas y las de los territorios perdidos por Turquía en Oriente Medio. La original solución a la que se recurrió fue el llamado sistema de mandatos por el que esos territorios quedaban bajo la protección de la SDN, que a su vez cedía su administración a determinadas potencias que adquirirían o incrementaban, digamos que supletoriamente, su imperio colonial. Las colonias alemanas en África pasaron en mandato a Gran Bretaña (una parte de Camerún y el África Oriental-Tanganika), a Francia (la mayor parte de Camerún) y a Sudáfrica (África occidental-Namibia). Las colonias alemanas en el Pacífico fueron a parar a Japón (Carolinas, Marianas y Marshall) y a Australia y Nueva Zelanda (otros territorios). En cuanto a los mandatos de Oriente Próximo fueron las dos principales potencias coloniales las beneficiadas: Gran Bretaña se hizo con Irak, Transjordania y Palestina y Francia con Líbano y Siria. Conviene recordar que se

había prometido un reino árabe unido para el hachemita Hussein, quien tuvo que conformarse exclusivamente con el de Arabia. El acuerdo secreto franco-británico Sykes-Picot de 1916 ya había repartido con antelación el resto de la taja-da.

A modo de conclusión se puede decir que el sistema de Versalles trató de resolver muchos problemas, pero dejó pendientes o generó en conjunto más de los que había solucionado. La creación de nuevos estados en los Balcanes y en Oriente Medio dejó unas regiones geoestratégicas en conflicto permanente desde entonces. Por otra parte, el “miedo rojo” hizo proyectar en Europa del Este una serie de pequeños estados como “cordón sanitario” para impedir la extensión de la revolución soviética, pero que contribuyó sin duda a una enorme inestabilidad en el área. Levantando un poco más la mira, podría decirse que el sistema deja en escena dos actores decisivos: las clases sociales y las naciones. Conjuntamente estos protagonistas harán del periodo de entreguerras un verdadero “laboratorio de confrontación”.

LOS “FELICES 20” Y LOS LÍMITES DE LA EXPANSIÓN ECONÓMICA. TENDENCIA AL AUTORITARISMO

Los avances tecnológicos habidos en las décadas anteriores habían desembocado en un conocimiento más científico de la producción y en unas técnicas más precisas de gestión, lo que hacía presumir un crecimiento sostenido de la economía tras la I Guerra Mundial. Sin embargo, ese crecimiento de la producción y del consumo que se podía augurar prácticamente

estuvo restringido a los EE. UU., convertidos sin disputa en la primera potencia mundial. Por eso, aunque la década sigue siendo calificada como la de los “felicis años 20”, la realidad es que solo lo fueron para los americanos.

En Gran Bretaña se produjo un estancamiento económico al no poder mantenerse en competencia con economías técnicamente más agresivas y por su empeño en mantener un valor fuerte para su moneda, la libra esterlina. El desempleo fue la consecuencia natural.

En Francia, la recuperación estuvo lastimada tanto por los destrozos de la guerra causados sobre sus territorios del norte, los de mayor riqueza minero-industrial, como por sus dificultades en la reconversión. De ahí su necesidad de las reparaciones de guerra y su radicalidad a la hora de exigirselas a Alemania.

Alemania, precisamente por estar sujeta a los pagos de esas indemnizaciones, tuvo imposible su recuperación, sumida en una crisis cuyo peor momento se registró en 1923 cuando tuvo que suspender los pagos. La reacción de Francia y Bélgica, sus perceptores, fue la invasión de la cuenca del Rhur, para cobrarse en especie lo que les correspondía de sus grandes recursos mineros. El Gobierno alemán contestó con un llamamiento a la resistencia pasiva, que financiaría el Reichbank. La población y los trabajadores del Rhur respondieron masivamente a pesar de la represión, pero los salarios de los huelguistas obligaron a continuar emisiones de dinero que dieron lugar a una catastrófica hiperinflación que hizo todavía más difícil la vida diaria de los alemanes.

Esta situación económica estaba generalizada en la mayor parte de Europa y

una misma tendencia, desde el punto de vista político, se puede observar en muchos de los gobiernos nacionales europeos: el autoritarismo.

En Austria gobernaba el Partido Cristiano Social (salvo en la socialdemócrata Viena) y la tendencia al conservadurismo acabaría por desembocar en la dictadura de Dollfuss en 1932.

Yugoslavia no se denominó así hasta 1929, cuando el rey Alejandro I suspendió la constitución de 1921 (la del Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos), inhabilitó al Parlamento y adquirió poderes dictatoriales, imponiendo un estado fuertemente centralista y autoritario. Bulgaria consiguió reducir las reparaciones de guerra (a cambio de reconocer el tratado de Neuilly) y promover una reforma agraria guiada por el líder de la Liga Agraria, Alexander Stambolinsky. Su gobierno autoritario frente a la burguesía y grandes terratenientes, así como su política contraria a los intereses del nacionalismo macedónico, le granjeó los suficientes enemigos como para que triunfara un golpe de Estado perpetrado por la extrema derecha, en el que moriría asesinado.

Rumania fue un caso diferente inicialmente, pues reinó la democracia durante una década, hasta que en 1930 el rey Carol II instauró un régimen personal.

En Polonia, el Partido Socialista, de gran influencia, llevó al poder a su líder Józef Pilsudsky, quien iría evolucionando hacia un nacionalismo antirruso y acabaría ejerciendo de “Padre de la Patria”.

La verdadera excepción a la norma en Europa oriental fue Checoslovaquia, un país de nueva creación con un desarrollo industrial y una clase política culta y preparada que hizo posible la consolidación

de una democracia homologable con las occidentales, dirigida por Massaryk (y continuada en 1935 por Benes). La gran heterogeneidad étnica y las frecuentes presiones políticas obligaron al Gobierno a realizar cambios, pero siempre dentro de la Constitución.

En el sur de Europa, España y Portugal tuvieron también sendas experiencias dictatoriales en esta época: en el primer caso fue el general Primo de Rivera quien la encabezó tras dar un golpe de Estado en 1923 (duraría hasta la instauración de la II República española en 1931); y en el segundo fue Antonio Oliveira Salazar quien, tras el golpe de Estado dado por los militares en 1926 contra la I República portuguesa, impuso una dictadura a la que dio el nombre de Estado Nuovo y que habría de durar nada menos que hasta 1974, cuando le derribó la Revolución de los Claveles.

Sin gobiernos del sur, hay que significar especialmente el caso italiano por la trascendencia que tuvo su experimento fascista, cuyo origen habría que situarlo en el momento de los tratados de paz y en la situación político-social de la inmediata posguerra. El nacionalismo italiano quedó frustrado con las resoluciones de la conferencia de paz, tanto es así que la delegación italiana la abandonó como protesta. Sus aspiraciones de completar la unificación italiana con los territorios irredentos, que Italia esperaba recibir como compensación de su intervención bélica en el lado aliado, volvían a quedar en el aire, lo que provocó una fuerte reacción nacionalista que se movía entre la decepción y la indignación. Estado de ánimo que aprovechó el poeta D'Annunzio para ocupar en el propio año de 1919 la ciudad de Fiume -

de población mayoritariamente italiana, pero adscrita al Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos- al frente de tropas voluntarias, en buena parte formadas por militares de baja graduación. Se puede considerar como un jalón en el camino de formación del ideario y del movimiento fascistas. Lo demás lo puso la crisis posbélica, la inestabilidad política y el deterioro de las instituciones liberales. Las primeras elecciones, una vez acabada la guerra, las ganaron el Partido Socialista Italiano y el Partido Popular (partido recién creado por el sacerdote Luigi Sturzo con el respaldo del Vaticano), quienes permitieron ciertas conquistas sociales en unos momentos de fuerte contestación (ocupación de fábricas en 1920) y de radicalización por la izquierda (escisión del PCI en 1921).

La revancha de las fuerzas conservadoras se extendió desde el norte hacia los centros urbanos a lo largo de 1921 y 1922 por medio de la acción de los *squadristi*, dedicados a realizar expediciones punitivas contra los huelguistas, las casas del pueblo, las cooperativas y los ayuntamientos de izquierdas.

Estas escuadras de acción encontrarían su acomodo en el Partido Nacional Fascista, fundado en Roma por el otrora socialista Benito Mussolini el 9 de noviembre de 1921, al dar forma política a una de esas organizaciones paramilitares, los Fasci Italiani di Combattimento, que él mismo había creado en Milán en marzo de 1919. Ya en el propio año de su fundación, el PNF consiguió 35 diputados dentro de una lista de concentración nacional, lo que le concedió un importante reconocimiento y le dio alas para aumentar sus aspiraciones. Para contar con el poder

empresarial y con el ejército, los fascistas italianos abandonaron sus primigenios principios laicos, socializantes y republicanos, lo que les permitió a su vez una aproximación a la Iglesia y a la monarquía.

La dimisión del Gobierno del liberal Giolitti en octubre de 1922 fue la ocasión para escenificar Mussolini un golpe de fuerza con la llamada "Marcha sobre Roma", operación propagandística que hubiera quedado en nada si el rey hubiera permitido la actuación del Ejército y no hubiera llamado al líder fascista para encargarle la formación del nuevo Gobierno. Inteligentemente, su composición fue multipartidista (solo la mitad eran ministros fascistas), pero el asesinato a manos de escuadristas del diputado Giacomo Matteoti en mayo de 1923 hizo estallar a la oposición de izquierdas, que responsabilizó moralmente a Mussolini, abandonando el Parlamento ("Secesión del Aventino"), y permitió mostrar la verdadera faz del fascismo. Mussolini reaccionó con un decreto que limitaba la libertad de prensa y con la concentración de poderes en el partido único, con el apoyo de los empresarios y el Vaticano y el visto bueno de los liberales, quienes priorizaron la estabilidad antes que la democracia. Comenzaba así la dictadura fascista que había de durar hasta el fin de la II Guerra Mundial.

Alemania partirá de una situación semejante a la de Italia, pero el camino fue distinto. El triunfo de la ideología fascista hubo de esperar al resquebrajamiento de un prometedor proyecto democrático, la República de Weimar.

A finales de 1918, los alemanes se encontraron con la proclamación de la Re-

pública y con movimientos revolucionarios en Berlín (espartaquistas) y la efímera República de Baviera (Kurt Eisner). Se enfrentaban los partidarios de una democracia liberal a partir de una asamblea constituyente (socialdemócratas y "mayoritarios") y los partidarios de una "república de los consejos" (comunistas). Friedrich Ebert, el líder del Partido Socialdemócrata Alemán (PSD) y jefe de Gobierno, negoció con los militares para poner fin a la rebelión espartaquista con ayuda de los "freikorps" (fuerzas paramilitares formadas por soldados desmovilizados) para, a continuación, recurrir al Parlamento Nacional en la ciudad de Weimar con el fin de dar una constitución a la recién fundada república alemana. La Constitución de Weimar (31 de julio de 1919) estableció una república federal, presidencialista y de carácter abiertamente social, hasta el punto de que se la considera un precedente del estado del bienestar (*Welfare state*).

Los primeros pasos de la República, con Ebert ya en la presidencia, fueron apacibles, a pesar de que se hubo de abortar un golpe reaccionario ("putsch de Kapp") en 1920, gracias al entendimiento y la colaboración entre la denominada "coalición de Weimar" (PSD, Zentrum católico y Partido Demócrata) y al acuerdo entre empresarios y sindicatos (noviembre 1918) que permitió rebajar la conflictividad laboral de 1920 a 1923. La contrapartida de este apaciguamiento fue la inflación para poder mantener los salarios. El reconocimiento internacional vino de la mano de sendos tratados: el de paz con EE. UU. (1921) y el de Rapallo, de amistad y cooperación con la Rusia soviética (1922). Por otra parte, la "política de cumplimiento con los

pagos de las reparaciones de guerra”, dirigida por el ministro de Asuntos Exteriores, Walter Rathenau, favoreció la presencia de Alemania en la Conferencia de Cannes (1921), precedente de la de Génova (1922). En esta última, convocada por la SDN, se reunieron representantes de 34 países, incluida la URSS, para buscar acuerdos de cara a la reconstrucción del comercio y del sistema financiero europeo.

Sin embargo, las cosas se iban a torcer pronto, primero con el asesinato de Rathenau por dos oficiales ultranacionalistas a poco de firmar el acuerdo de Rapallo y, luego, con el conflicto del Rhur. Como se ha dicho antes, esta región fue invadida por tropas belgas y francesas por la cuestión de las reparaciones, arrastrando a Alemania a una situación desesperada por la hiperinflación y el desencadenamiento de una gran conflictividad laboral.

En tanto la semilla del nazismo (el “huevo de la serpiente”) se había sembrado. Todo empezó con el minúsculo Partido Obrero Alemán (POA), fundado en 1919, al que se afilió Adolf Hitler encargándose del aparato de propaganda y del que se hizo rápidamente líder. Hitler condujo a este grupúsculo a su refundación en 1921 en el Partido Nacional Socialista de los Trabajadores Alemanes (NSDAP), el Partido Nazi, que rechazaba de plano el Tratado de Versalles y se manifestaba nacionalista a ultranza. Inspirado sin duda por la “hazaña” de Mussolini el año anterior marchando sobre Roma, intentó un golpe de fuerza en 1923 para hacerse con Baviera y utilizarla como base para derrocar al Gobierno de la República de Weimar. Es el conocido como Putsch de

Múnich o “Putsch de la Cervecería”, que terminaría con el encarcelamiento de varios líderes nazis, entre ellos el propio Adolf Hitler, quien en el poco tiempo en que llegó a estar en la cárcel pudo escribir *Mil lucha* (*Mein Kampf*), un ideario personal que habría de inspirar la conducta y la estrategia del nazismo en adelante.

AÑOS DE CONCORDIA: “EL ESPÍRITU DE LOCARNO”

La crisis del Rhur tuvo la virtud de hacer ver a los dirigentes de los diversos países implicados que ese era un camino sin salida. Alemania estaba extenuada financieramente y, además, había llevado a la patronal a romper sus acuerdos de 1918 con los sindicatos recortando las conquistas obreras, lo que sumió al país en una incontenible oleada de huelgas. Había que reaccionar.

Para hacer frente a la situación, se constituyó en Alemania un Gobierno de coalición entre los socialdemócratas (SPD) y los populares (DVP) de Stresemann. Era este un político que había evolucionado desde posiciones de rechazo radical a Versalles hasta posiciones más posibilistas y realistas. Como canciller tuvo que lidiar con los separatismos de Renania y Baviera y no dudó en emplear el ejército para retomar el control de Turingia y Sajonia, aplastando la insurrección socialista-comunista. Tuvo que ceder en la cuestión del Rhur desmontando la resistencia pasiva con el fin de regular la situación económica del país, ya que el nivel adquisitivo había descendido en proporciones insostenibles y la miseria crecía. Había que frenar la inflación y, para ello, Stresemann dirigió su Gobierno hacia la creación del

Rentenmark (octubre de 1923), una nueva moneda que, junto a medidas deflacionistas, consiguió estabilizar su economía. Logro que contentó a los empresarios, pero no a los trabajadores y perdió las elecciones. Siguió, no obstante, como ministro de Asuntos Exteriores, labor que orientó con éxito hacia un acercamiento a Francia y a los acuerdos internacionales.

En Francia, se habían dado cuenta igualmente de que la solución debía ser política y no meramente un asunto de cuentas, por lo que se avinieron a ese acercamiento y a los acuerdos multilaterales.

Así las cosas, en noviembre de 1923, la comisión encargada de las reparaciones de guerra decidió crear una comisión de expertos (británicos, franceses y estadou-

nidenses) que convocaría para el verano de 1924 una reunión conferencia en Londres, que tuvo como resultado un tratado conocido como el Plan Dawes -reforzado más adelante con el Plan Young (1929)- que devolvía el control del Rhur a Alemania y permitía negociar las reparaciones con un calendario más flexible y dejando, así, un mayor margen de maniobra a Alemania. La predisposición de Stresemann para asumir responsabilidades fue bien recibida tanto por el Foreign Office británico como por Aristide Briand, el ministro de Asuntos Exteriores francés. Briand habría de ser copartícipe con Stresemann en la forja de un clima de entendimiento en Europa que les valió a ambos, al alimón, el Premio Nobel de la Paz de 1926.

La expresión más clara de ese nuevo



Tratado de Locarno (1925)

clima fue el Pacto de Locarno, por el que Alemania se comprometía a reconocer su frontera occidental (por eso se le denominó también Pacto del Rin) y a respetar la desmilitarización de la Renania. Y lo más importante: Francia y Alemania se comprometían a renunciar a la guerra como método para resolver controversias. Se abrió entonces una época de renacido optimismo calificada desde entonces como la del “espíritu de Locarno”. No obstante, si estos pactos (garantizados por las otras dos potencias firmantes: Gran Bretaña e Italia) venían a equilibrar la situación en el oeste, en la otra parte de Europa la situación seguía en el aire, tan solo Checoslovaquia y Polonia tenían garantizada su seguridad por pactos bilaterales con Francia.

EL “espíritu de Locarno” reabrió también las ideas que perseguían un proyecto de una Europa Unida, como se puede percibir en la celebración de la Conferencia Económica Internacional de Ginebra en 1927 y en la firma del Pacto Briand-Kellog en agosto de 1928 (“Pacto de París”), un intento de crear un sistema de seguridad colectiva en el que se condenó la guerra y se instó al uso de vías pacíficas para la resolución de las diferencias entre países. Lo secundaron todas las grandes potencias, incluida la URSS. De forma más teórica, esta búsqueda de la unidad se encuentra de forma precisa en el discurso que Aristide Briand pronunció en la SDN proponiendo una federación europea. La propia institución internacional encargó la redacción de un anteproyecto: *Memo-rando sobre la organización de un sistema de Unión Federal Europea*, texto que la crisis económica de 1929 y los sucesivos conflictos internacionales que le siguieron se encargarían de enterrar en el baúl de los

recuerdos. No obstante, sus ideas serían bien aprovechadas por Jean Monnet para promover las bases de la actual Unión Europea, tras la II Guerra Mundial.

CRISIS Y DEPRESIÓN. EL FIN DE LA SOLIDARIDAD

El estallido de la crisis de Wall Street en octubre de 1929 y su conversión en una depresión económica mundial, que se extendería hasta la II Guerra Mundial, no queó al “espíritu de Versalles” y a todos los intentos de crear una armonía y un equilibrio económico internacionales. Los graves efectos de la crisis rompieron la frágil solidaridad entre las naciones y precipitaron a los gobiernos a unas estrategias del “sálvese el que pueda”. Las soluciones individuales y egoístas como salida particular a la crisis tuvieron su correspondencia en el terreno político en un incremento del nacionalismo y de agresividad hacia el exterior. La unilateralidad tuvo como consecuencia un mundo más dividido.

Algunas de las manifestaciones de esta nueva coyuntura fueron las continuas tensiones monetarias entre las distintas potencias, que no remitieron hasta los acuerdos monetarios entre Francia, Gran Bretaña y EE. UU. de 1936; el repliegue de Francia y Gran Bretaña hacia sus respectivos imperios coloniales; la política económica autárquica del Gobierno fascista italiano; y la formulación de un *lebensraum* (“espacio vital”) para Alemania (Europa oriental) y para Japón (el Pacífico).

Ciertamente hubo intentos de mantenerse al margen o romper la dinámica. Rumanía, Checoslovaquia y Yugoslavia

decidieron en 1933 dar un carácter permanente a la “Pequeña Entente”, que había nacido en 1920-21, con el fin de mantener la situación en el Danubio. Pero lo que podía haber sido más trascendental, las dos conferencias internacionales reunidas en Londres en ese mismo año de 1933, fracasó: la económica por no salirse determinados países de sus estrategias económicas prefijadas, y la de desarme, porque Alemania -ya con Hitler en el poder- abandonó la Conferencia y también la SDN. Este fracaso dejó, contrariamente a las motivaciones de la convocatoria, un mundo más dividido y más armado... y el Pacto Briand-Kellog convertido en papel mojado.

El primer gran impulso desestabilizador provino de fuera de Europa. En Japón se había producido una reconversión de la industria tradicional hacia una industria dominada por grupos de empresas (*zaibatsu*) presentes en la mayoría de los sectores económicos. Significó un profundo cambio en la sociedad japonesa, que reaccionó con una defensa de las tradiciones y de un ultranacionalismo que imperaría en todos los colectivos y, en especial, en el militar. Este nacionalismo exacerbado y las necesidades de materias primas y de mercados para el desarrollo del capitalismo forjaron, como pasó en Alemania, una ideología imperialista en torno a la perentoriedad de un “espacio vital”. El primer paso fue la ocupación de Manchuria en septiembre de 1931. Fue urdida en el seno del Ejército y significó la división del Gobierno, que, a partir de entonces y hasta 1945, estuvo dirigido por jefes militares. Para dotar a esta operación de una fachada de legalidad, se transformó esta región en una república denominada

Manchukuo, con un Gobierno títere presidido por el último emperador chino Pu Yi, quien había sido expulsado de su trono imperial por la revolución nacionalista de Xinbai (1911). Al año siguiente, Japón prosiguió su avance con el desembarco de tropas en Shangai.

Esta alteración del equilibrio regional en favor de Japón (hay que recordar que ya ocupaba Corea desde 1910) suponía una flagrante violación del Tratado de Briand-Kellog y de las disposiciones de la SDN. A pesar de la tibieza con que la comisión encargada para analizar la situación condenó las agresiones japonesas, Japón abandonó la SDN. Quedó así un sentimiento general de inseguridad, que aún crecería más con el fracaso de la Conferencia de Desarme de Londres 1933.

RUPTURA DEL SISTEMA DE VER-SALLES: POR LA SENDA DE LA GUERRA

La Alemania nazi, en primera instancia, trató de aproximarse a Gran Bretaña, pues Hitler pensó en ella como el imperio con el que repartirse las zonas de influencia en el mundo. Pero, al fracasar en este intento, pensó en Mussolini como el socio principal. El primer encuentro Hitler-Mussolini (junio, 1934) no resultó muy amistoso por el enfado del primero por la adhesión del segundo a la independencia de Austria (objetivo de anexión para el III Reich, que había sido firmada por Francia, Gran Bretaña e Italia). Mussolini amparaba al canciller austriaco Dollfuss, pero este fue asesinado en julio de 1934 por nazis austriacos, lo que le provocó tal ira que llegó a enviar dos divisiones a la frontera austriaca, listas para intervenir, si bien no

se llevó a efecto porque el Gobierno austriaco pudo resistir por sí mismo de momento la desestabilización nazi. Con todo, la coincidencia de intereses y de propósitos de ambos regímenes fascistas allanarían el camino para el acuerdo y la amistad.

En enero de 1935 la región del Sarre, puesta en 1919 bajo el control de la SDN, abandonó por plebiscito (con un 90 % de votos favorables) el régimen internacional y se unió a Alemania, lo que significaba una abierta ruptura con el Tratado de Versalles. A la vez que sucedía esto, Hitler introducía en Alemania el Servicio Militar Obligatorio y ordenaba potenciar la Wehrmacht, las fuerzas armadas de la Alemania nazi. Una decisión que daba al traste con una de las principales resoluciones de Versalles, destinada a mantener apartada a Alemania de una nueva e indeseada militarización. Como reacción a estos hechos se firmaron una serie de tratados internacionales: Frente de Stresa (Italia, Francia y Gran Bretaña) como reafirmación del Tratado de Locarno; la alianza bilateral entre Francia y la URSS, de asistencia mutua y seguridad colectiva; y el tratado entre la URSS y Checoslovaquia en el mismo sentido, pero que solo entraría en vigor si Francia acudía también en ayuda de Checoslovaquia. Tratados, todos ellos de 1935, que pretendían sostener en lo posible el anterior equilibrio, envolver a Alemania y defender la fragilidad de Checoslovaquia, puesta en el punto de mira del imperialismo nazi. Sin embargo, ese mismo año iba a saltar el segundo caso de agresión fuera de Europa, que acabaría por dar el golpe definitivo al equilibrio nacido en 1919 y, de paso, un buen mazazo a la viabilidad de la SDN.

Se trata de la invasión de Etiopía por Italia, que ya había intentado anteriormente su conquista (guerra de Abisinia 1895-96), aunque resultara en vano por la derrota italiana en Adua, muy dolorosa en la memoria del nacionalismo italiano. La condena sin paliativos pronunciada por la SDN llevó consigo el abandono de esta organización por parte de Italia. Así pues, en 1936 ya eran tres importantes potencias las que habían roto con la institución creada internacionalmente para el sostenimiento de la paz: Japón, Alemania e Italia, justamente los tres países que habían desarrollado regímenes ultranacionalistas, imperialistas y militaristas, listos para una entente en caso de guerra, como así fue.

La guerra civil española (1936-1939) ha sido frecuentemente interpretada como una anticipación de la II Guerra Mundial, bajo la perspectiva del enfrentamiento entre la democracia y el fascismo. En ella el entendimiento entre los regímenes fascistas de Italia y Alemania, que ayudaron económica, armamentística y militarmente (mediante cuerpos expedicionarios) al bando franquista, ensayaron su alianza, mientras los Gobiernos democráticos volvían la espalda a la República española, amparándose en una “política de no intervención”, que los fascistas en ningún momento ni aceptaron ni respetaron. Como colofón, llegaron los acuerdos entre estos últimos: en noviembre se llegó al acuerdo de crear el eje Berlín-Roma y el Pacto Antikomintern entre Alemania y Japón (al que, luego, se añadirían Italia, España y Hungría). Esta estrategia venía a ser para Alemania la sustitución de la imposible alianza con el Imperio británico.

Resumiendo, la política expansionista

de Hitler se fue haciendo realidad gracias a toda una serie de factores que coincidieron en ese tiempo de la gran depresión de los años treinta: la crisis en Oriente (Manchuria), la conquista de Etiopía por Italia, la guerra civil española, la debilidad de Francia como potencia, la implantación de regímenes occidentales en el este (Hungría, Polonia, Bulgaria), el antagonismo anglo-soviético (solo superado en 1941), el fracaso de la diplomacia occidental y la postración de la SDN.

LAS ETAPAS DEL CAMINO A LA GUERRA (1936-1939)

El desmontaje de Versalles se aceleró a partir de 1936 hasta acabar con todas las cláusulas impuestas a Alemania, uno de los objetivos primordiales marcados en la agenda hitleriana. Así, en mayo se procedió a la remilitarización de Renania con la justificación de que el tratado firmado entre la URSS y Francia era contrario al de Locarno, ya que se abría la posibilidad de que Francia atacara a Alemania en caso de que esta entrara en conflicto con la URSS. La ocupación realizada con tres batallones se refrendaría después con un referéndum que cosechó el 99 % de votos favorables. No hubo reacción francesa, en parte por dejarse llevar por ilusorias promesas de Hitler y, en parte también, porque el triunfo del Frente Popular hizo volcarse al Gobierno francés en los asuntos internos. La franja de seguridad para Francia, por la que tanto había bregado Clemenceau, desaparecía.

En noviembre de 1937 Hitler reunió secretamente en Berlín a sus generales y al ministro de Asuntos Exteriores para exponerles de forma explícita sus planes ex-

pansivos para conseguir un *lebensraum* para Alemania, fijando ya sus primeros objetivos: Austria y Checoslovaquia. El documento resultante conocido como *Memorandum Hossbach* sería utilizado como prueba en los juicios de Núremberg.

El primer paso, a partir de entonces, fue la anexión de Austria, el *Anschluss*, en mayo de 1938. Hitler aprovechó una situación propicia determinada por las posturas de Gran Bretaña, que dejó claro que no estaba dispuesta a hacer ninguna alianza, pero tampoco a entrar en guerra con Alemania, y de Francia, que también dejó claro que no intervendría sin Gran Bretaña. Con estas circunstancias, Hitler no tuvo ningún empacho en humillar al canciller austriaco Schuschnigg, a quien había convocado en su residencia de Berghof, con un ultimátum para que entregara el poder a los nazis austriacos. Schuschnigg reaccionó recomponiendo su gabinete y anunciando un referéndum para intentar preservar la independencia de Austria. Pero Hitler, bajo la amenaza de intervención armada, le obligó a retirar la consulta y a entregar después la jefatura del Gobierno a Seyss-Inquart, líder del partido nazi austriaco. Las tropas alemanas invadieron de todas maneras Austria el 12 de marzo y, al día siguiente, llegaba Hitler a Viena acogido por una multitud enfervorizada. El *Anschluss* quedó proclamado con un 99 % de apoyo por parte de los votantes austriacos.

El siguiente paso fue Checoslovaquia, estado de reciente creación en forma de mosaico plurinacional. Entre otras naciones contaba con una importante minoría alemana, mayoritaria en la región de los Sudetes, hecho que aprovecharía Hitler para justificar sus ansias expansionistas

en la zona. Para forzar la situación, alentó al líder del Partido de los Sudetes alemanes a realizar reivindicaciones maximalistas de carácter autonómico de difícil digestión para el Gobierno checo. Francia tenía que garantizar la seguridad de Checoslovaquia por el tratado bilateral que habían firmado entre ambos países. Sin embargo, Léon Blum, primer ministro francés, no logra convencer a Gran Bretaña para presentar un frente de contención fuerte a Alemania. Por contra, el *premier* británico Chamberlain prefiere negociar y acude a un encuentro con Hitler, quien

ya no exige la autonomía de los Sudetes, sino su plena incorporación al III Reich. Para evitar el riesgo de una guerra británicos y franceses (de la mano de Deladier, que había sustituido al dimitido Blum) prefirieron acogerse a una política de “apaciguamiento” y aceptar las pretensiones hitlerianas a cambio de la promesa de que no se iría más allá. Este fue el resultado de la Conferencia de Múnich (29 de septiembre de 1938), en la que se desoyó a Checoslovaquia (provocando la dimisión de su presidente, Edward Benes) y a la que no se invitó a la URSS. El acuerdo



La paz de nuestro tiempo. Chamberlain vuelve con el Acuerdo de Múnich (1938)

se hizo entre Alemania, Italia, Francia y Gran Bretaña, cuyo representante, el *premier* Chamberlain, desembarcó triunfalmente en el aeropuerto de Londres, mostrando el documento de lo acordado y exhibiéndolo como “paz para un siglo”.

La “paz” duró poco más de siete meses, ya que el 15 de mayo de 1939 las tropas alemanas entraban en Praga y se procedía al desmembramiento de Checoslovaquia: ciertos territorios pasaron a Hungría, mientras se instituí el Protectorado de Bohemia y Moravia bajo el control del III Reich y se creaba un estado satélite de Alemania en Moravia, la República Eslovaca.

La política de apaciguamiento seguía amortiguando las posibles reacciones por parte de las potencias occidentales, pero el siguiente movimiento ya habría de colmar el vaso y precipitaría a Europa a una nueva guerra generalizada. El objetivo era Polonia, pero previamente una cadena de cesiones en las fronteras alemanas aumentó el espacio vital hitleriano por el este en los meses previos a la invasión. Lituania devolvía el territorio de Memel (extirpado de Alemania en 1919) a Alemania, mientras esta llegaba a un acuerdo con Rumanía, para asegurarse el petróleo de la región de Ploiesti, finalizaba la guerra de España (que añadía su firma al Pacto Antikomintern) e Italia procedía a la invasión de Albania.

El cambio de postura occidental se pudo entrever cuando el ministro de Asuntos Exteriores alemán, Ribbentrop, propuso la reincorporación a Alemania de la ciudad libre de Danzig y la construcción de una autopista que atravesara el corredor polaco para una comunicación directa con Prusia oriental, que había que-

dado aislada tras Versalles. Pretensiones que suscitaron el rechazo polaco, la advertencia británica de intervención en el caso de un ataque a la integridad polaca y reafirmación de Francia en su alianza con Polonia. La única incógnita era en esos momentos cuál sería la postura de la URSS, cuyas propuestas en torno a esta cuestión geoestratégica habían sido desconsideradas hasta la fecha.

Sorprendentemente, la Alemania nazi y la Unión Soviética llegaron a un acuerdo que dejó al mundo boquiabierto. Se trataba del Tratado de no agresión germano-soviético (23 de agosto de 1939), conocido como Pacto Ribbentrop-Molotov (los ministros de Asuntos Exteriores de ambos países firmantes del acuerdo). El pacto venía a reconocer las reclamaciones soviéticas de parte del territorio polaco, los estados bálticos y Besarabia (desmembrado de Rusia por el Tratado de Brest-Litovsk de 1918), mientras Alemania exigía Danzig, el corredor polaco, parte de Silesia y el fin de Polonia. El acuerdo llevaba consigo una cláusula secreta por la que ambas potencias se repartirían Polonia de una forma casi inmediata.

La explicación de este hecho ha sido y sigue siendo muy controvertida, especialmente en lo que respecta a la decisión soviética, que posiblemente actuase así debido a su aislamiento por parte de las potencias occidentales en la ordenación geoestratégica de Europa oriental y central y por su temor a un posible acuerdo de aquellas con Alemania que le dejara con las manos libres para orientar su *lebensraum* hacia los territorios soviéticos. Alemania se aseguraba un receso con un futuro enemigo en el frente oriental cuando empezara la guerra con Francia y Gran

Bretaña. De esta manera podía concentrar sus esfuerzos bélicos en la campaña occidental y proseguir, cuando esta estuviera dominada, con sus planes orientales (reiniciados en 1941 con la invasión de la URSS).

Una semana después de la firma del tratado, Hitler daba la orden de invadir Polonia, que quedó sometida tras una campaña que duró poco más de un mes por la manifiesta superioridad armamentística y táctica (*blitzkrieg*) del ejército alemán y por la tardía actuación de Francia y Gran Bretaña, quienes finalmente no tuvieron más remedio que declarar la guerra a la Alemania nazi. Había comenzado la II Guerra Mundial, el escenario que se trató de evitar para siempre en la

Conferencia de Paz de París de 1919.

Sintetizando todo este discurso de los acontecimientos se podrían señalar cuatro etapas en la evolución de las relaciones internacionales en la etapa de entreguerras.

1. Posguerra: el nuevo mapa de Europa y las dificultades para la paz (1919-1925).

2. Años de concordia (“El espíritu de Locarno”) y recuperación económica (1925-1929).

3. Depresión económica: quiebra de la solidaridad internacional (1929-1933).

4. Ruptura del sistema de Versalles: directos a la guerra (1933-1939).

.....



Tropas alemanas atraviesan la frontera con Polonia (1 septiembre 1939)

Margaret MacMillan (*Política exterior*, mayo-junio 2019) señala a EE. UU. (vuelta al aislacionismo tras Versalles) y a Gran Bretaña por minar las posibilidades de paz con su inacción: “Cabría preguntarse cuál habría sido el devenir de la historia si Londres y Washington, en lugar de dar la espalda a Francia, hubieran construido una alianza trasatlántica comprometida con la seguridad y respondido a las primeras agresiones de Hitler, cuando aún se podía”.

Y a la hora de sacar enseñanzas, tampoco dejamos de la mano a Margaret MacMillan, cuando concluye: “Hoy el mundo no puede compararse con el de los escombros de cada una de las dos guerras mundiales. Sin embargo..., si Washington y el resto de grandes potencias democráticas abdican de su responsabilidad para con el mundo, el resto de países abandonará la esperanza en un orden internacional pacífico, resignado al matonismo de barrio. Un siglo después, 1919 y los años posteriores siguen cerniéndose sobre nosotros como una lúgubre advertencia”.

Bibliografía

BRIGGS, Asa y CLAVIN, Patricia, *Historia contemporánea de Europa. 1789-1989*, Barcelona, Crítica, 2004.

HOBBSAWM, Eric, *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2009.

MACMILLAN, Margaret, 1919. *Seis meses que cambiaron el mundo*, Barcelona, Tusquets, 2011.

NEILA, José Luis, *La Sociedad de Naciones*, Madrid, Arco Libros, 1997.

PEREIRA, Juan Carlos (coord.), *Historia de las relaciones internacionales contemporá-*

neas, Barcelona, Ariel, 2001.

PROCACCI, Giuliano, *Historia general del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2004.

RENOUVIN, Pierre, *Historia de las relaciones internacionales. Siglos XIX y XX*, Madrid, Akal, 1982.

VILLARES, Ramón y BAHAMONDE, Ángel, *El mundo contemporáneo, siglos XIX y XX*, Madrid, Taurus, 2001.